

Otro chico venia de Australia y nos pintaba caballos color de zafiro, perros de tres cabezas, guajolotes azules, cosas estupendas.

Ese *yankee*, tan pronto está en una carrocera, como es médico ó se ajusta como ingeniero en un ferrocarril; pone una tabla de carnicería y la suelta para ocupar un asiento en el congreso; le desaira el voto público y se reúne á unos funámbulos que exhiben fieras, y se arranca de las jaulas de los monos para componer el cuerpo diplomático de Francia ó de Turquía. . . .

La comida fué una abreviatura de las bodas de Camacho; algunos se entregaron á esa inmovilidad de la necesidad satisfecha, que es como el éxtasis de la gula; las jóvenes corrían y se lanzaron en busca de un bote para dirigirlo y pasear.

Los muchachos saltaban entre las rocas, y yo buscaba, por la primera vez de mi vida, con ternura, á las ancianas, porque cada muchacha era un peligro de muerte.

¡Qué soltura para escalar las más escarpadas eminencias; cuánta destreza y cuánto arrojo para correr sobre las angostas citarillas que caen al mar; qué agilidad para equilibrarse sobre las crestas de los arrecifes, rompiéndose y empapándose los vestidos! Aquello era para mí como sentirme condenado á muerte: cada invitación me parecía una red tendida á mi existencia. . . .

Tomé una resolución desesperada: me oculté á todas las miradas, y lo diré aunque me cueste un sacrificio de amor propio. . . . me dormí profundamente.



XIII

Un ruso furibundo.—Pregones de vendimias en las calles.—
Los teatros.—La Maison Doré.—Los extranjeros y su influencia.

LOS mexicanos nos dividimos en grupos, y cada quien, con excepción de Sr. Iglesias, corría por aquellos mundos surciéndose relaciones, procurándose paseos y entretenimientos y dedicándose á estudios especiales, ó á sus gustos.

A la hora de la comida nos reuníamos en mayor número, y nos dábamos cuenta de nuestras impresiones.

El uno se había hallado una fonda de marinos alegres, barata, y en que era el condimento excelente; pero bufaba de ira y no podía soportar los movimientos bruscos de los que entraban, se empinaban en su tripié, empujando á todo el mundo, y devoraban, dejando, como cerdos, un ba-

surero de fragmentos de carne, migajas y chorreones de cerveza.

Un músico de nuestros compañeros venia sordo y escandalizado de un concierto de pífanos, trompetas y tambores, que habian extasiado á los *yankees*, y á él le tenian á dos dedos de la *epilepsia*.

Tal, estaba frenético contra una lindísima *lady* á quien vió descender de un coche; hizo una seña, se aceptó la libranza telegráfica, tomó su mano, vió ella un anillo que llevaba en el dedo, clamando: *veri fine, splendid*: dijo él: "muy á la orden," y sin más ni más, la *lady* se lo puso en el dedo... y se marchó... Era el anillo de la señora de sus pensamientos....

Alguno llegaba medio loco, porque un espiritista le dijo quién era, por qué iba á California y que probablemente la hija ausente se le habria casado con un perdulario.

Unos noveleros ensalzaban á los cielos cuanto veian, pintando á nuestras mexicanas, chiquitinas, gazmoñas y encojidas, ceremoniosas, llenas de vanidad y de celos.

Miéntras otros estaban reñidos con las extranjeras por su brusquedad, criticaban su espíritu mercantil, su flexibilidad de carácter con el primer transeunte, y su aire vagamundo y masculino, y nada sacábamos en limpio, y todo era disertar, y todos y ninguno teniamos razon.

Yo frecuentemente me acompañaba con Alfonso Lancaster, Pablo Ibarra y Manuel Alatorre.

Melancólico, aunque finísimo, el primero: reservado, pero lleno de nobleza, el segundo; y Manuel, condescendente y delicado.

Por supuesto, tenian que buscarme día á día mis amigos,

como con linterna, por aquella enfermedad de que ya tengo dada cuenta á mis lectores. Porque eternamente me perdía al salir de la casa, al torcer una esquina, al saludar.

Se estacionaban dos en una magnífica fonda de la calle de Sutter, y otro iba en mi busca; al cabo de tiempo, volvia conmigo, mal perjeñado, aturdido, polvoso... era que me habia sacado de unas barracas de gitanos, donde me habian llamado á danzarme una tarantela... ó bien, en la inteligencia falsa de que era mason, me querian comprometer á que instalara con unos franceses un taller, negándose á creer que soy un profano de lazo y reata.

En uno de los días de cita, me encontré que no almorzábamos en el salon comun, sino en un departamento reservado, dispuesto para corresponder con un espléndido almuerzo, el convite de un ruso que nos habia llenado de obsequios y atenciones.

Esos convites privados se hacen con toda perfeccion en lós *restaurants* americanos; pero es preciso confesar que los franceses se llevan la palma y conservan en alto la bandera de la supremacía gastronómica.

Cómodos sillones de terciopelo; la luz vertical penetrando entre ondas de gasa blanca y color de oro; espejos, divanes, flores, con extraordinaria profusion.

Yo me habia figurado los rusos velludos, de anchos hombros, de largas cejas y ojos hundidos: un ruso como los representados en grabados en madera.

Nosotros esperábamos inquietos: á cierto tiempo, el criado anunció á nuestro convidado, que era un hermoso jóven vestido con exquisita elegancia. Pero yo apenas me fijé en el ruso, porque llevaba como colgada de su brazo la criatura

más poética y angelical que puede imaginarse : sin más averiguacion, declaré en mi interior que las rusas eran las mujeres más lindas del universo.

Los rayos de sol disueltos en una atmósfera divina ; la sonrisa de los cielos refugiándose en las llamas de los labios ; el amor, palpitation y vida ; la ilusion hecha mirada ; la passion, encerrándose en las formas del arcángel ; la voluptuosidad de la Vénus, escondiéndose tras de la inocencia del niño. Eso era aquella mujer, que nació despues de Eva ; porque Eva se hubiera muerto de celos al ocupar el paraíso, si la hubiera encontrado allí . . . y para colmo de sorpresa, aquella no era rusa, sino una vision celeste escapada del cerebro de Víctor Hugo, su compatriota, para mi ejercicio y mayor corona.

El ruso aquel, que me hizo abrazar incontinenti el partido de los turcos, nos presentó, con la mayor naturalidad, á su querida.

Por fortuna, el ruso elegante no hablaba palabra de español ; se entendia en inglés con su adorado tormento, y nosotros hablábamos con la hermosa convidada en español.

¡Qué alegres y decidores nos pusimos todos ! cómo se hizo comunicativa la alegría, y qué infieles traducciones llegaban al ruso de nuestros piropos y galanterías !

Objeto *Desiré* de las más delicadas atenciones, se declaró por México con frenesí, y yo, á pesar de mis años, la declaré más mexicana que á la Malitzin.

Una de mis exclamaciones entusiastas hizo hablar á mis compañeros de mi lacra poética, y fui hombre perdido. El ruso aquel cobraba cierto aspecto feroz.

La jóven habló á un criado al oido, sacó una tarjetita, escribió y despidió al criado.

Sirviéronse los postres : me parecia que el ruso me veía cara de turco ; pero bebió conmigo y mis compañeros : me dijeron que su fijeza en el mirarme era por curiosidad de conocerme y que decia mil cosas lisonjeras para mí.

Yo me tranquilicé ; pero *Desiré* era tan espiritual, tan amable, sabia decir cosas tan seductoras, que los Moctezumas estábamos lelos de admiracion . . . y sin perder de vista al ruso . . .

Hablóse de caballos, de libros, de caza, de marina, de armas. En este punto, el ruso habló divinamente : eso de escribir un nombre con balas, de poner puntos á unas *ies*, de clarear los pequeños círculos de un siete de oros, eran para el maldito ruso como beber un vaso de agua.

El criado de la tarjeta llegó conduciendo un álbum, que era un verdadero prodigio artístico.

Desiré se dirigió al ruso, y éste, con la mayor finura, me suplicó rendidamente, por medio de un intérprete, escribiese allí algunas palabras, y que le hiciese la gracia de que fuese en aquel momento, porque tenia que partir de un dia á otro para las islas de Sandwich.

Pedí permiso para retirarme á una pieza contigua á escribir en el álbum.

Los jóvenes quedaron en medio de la algazara, las risas y las copas.

Yo me sustraje al ruido y comencé á hojear el libro, distraido, porque realmente, no tenia humor de escribir.

El precioso libro contenia miniaturas encantadoras, paisajes deliciosos y versos en varios idiomas.

Era aquel álbum como un altar en que la gracia, la inspiración y el talento artístico habían colocado las más ricas ofrendas.

Oía yo como á lo léjos las risas, y no sé por qué me sobrecogió inesperadamente rara tristeza.

Seguía hojeando el libro y me fijé en unos versos, escritos de mano de mujer; pero los escribía una mano enferma, trémula: ví con más atención, y en el papel había huellas de lágrimas.

Los versos ocupaban las últimas hojas del libro: entre ellas había un *pensamiento* hermosísimo, perfectamente desecado.

Aquellos versos, ¿quién lo creería? son de la madre de *Desiré*, elocuentísimos, sublimes de bondad y de virtud.

Eran los versos un contrasentido en aquel libro. Eran un llamamiento á la virtud, con los recuerdos de la infancia, frente á la tumba del honrado padre que había derramado su sangre por la patria; eran la representación de la vida apacible del hogar, rodeada de los encantos de la inocencia, y formando la niña las delicias de la madre, que la idolatraba. . . . Era una apelación á su corazón; era una retención en el camino del bien, bañando sus manos de lágrimas, cubriendo de besos su frente todavía pura. . . .

Las risas y el contento que llegaban hasta mí en ecos interrumpidos; la soledad de aquella estancia; la confianza de dolor de aquella madre, hacían en mí profunda revolución, y por un capricho inexplicable, tomé la pluma y derramé en el papel cuanto encerraba de amargura mi alma, cuantos sollozos íntimos estaban contenidos en mi pecho, secundando ardiente aquella imprecación maternal, que era

como un alarido de angustia que llevaba el presentimiento de la perdición de un sér querido.

Yo no sé cuánto tiempo duré escribiendo: cuando terminaba las últimas estrofas, mis amigos se habían levantado de la mesa, y yo, concluyendo de escribir, puse al salir á la calle el álbum en manos de la deslumbradora *Desiré*.

Al siguiente día, mis amigos entraron á mi cuarto azorados.

—¿Qué demonios has hecho?

—¿Qué atrocidades fuiste á escribir en el álbum de *Desiré*?

—¿Pues qué es lo que pasa?

—Pasa, que vas á tener un lance muy desagradable con el ruso; que te busca frenético para una reparación.

—¿De dónde te ocurrió esa predicación de misionero en un libro de galanterías y de chistes?

—¿Pues qué ha pasado?

—Que *Desiré* se retiró á su casa, leyó los versos, los relejó, y ha manifestado al ruso su resolución de volver al camino de la virtud, al lado de la madre que la llama inundada en lágrimas, junto á la tumba de su heróico padre, y toda la sarta de barbaridades con que te quisiste lucir en tus versitos.

El mundo se me vino encima con esta relación: yo veía rusos por todas partes.

—¡Vamos! no tiene más remedio que desconvertir á *Desiré*.

El lance era terrible. . . . solicité una entrevista con aquella criatura. . . . y nada, ella estaba abrazada á su cruz de redención, con un entusiasmo, que ni Santa María Magdalena. . . .

El ruso bufaba, la deidad aquella, era una fortaleza inexpugnable. . . . Jamás me ha hecho mayor daño la virtud de una mujer.

Maldecia yo mi aptitud de ganar almas para el cielo: mis amigos dejaron al ruso que habia salido al campo.

Por fin, el ruso hubo de marcharse para las islas, y *Desiré* se embarcó para Francia. . . . Yo confieso que tuve dias pesadísimos, y que á eso debo tal vez mi exaltada simpatía por la causa de los turcos. ¡Permita Dios que en este desfiladero de Shipka que disputan, dé al traste con su alma el convidado de la fonda de Sutter!

Miéntas duró la aventura del ruso, no me acompañé con mis amigos, vagaba al acaso por las calles, siempre perdiéndome y siempre resultando rumbo opuesto á aquel á que queria dirigirme.

Aunque hay movimiento inmenso por las calles centrales, se nota la preocupacion del negocio: hay mucho mayor silencio, aun cuando se formen grupos.

Rios de gentes desembocan de las banquetas de Montgomery, el Mercado y Kearny; cuelgan en las afueras de las tiendas sombreros, zapatos, lienzos y plátanos. Se roza la gente con los cuartos de carne puestos en los clavijeros; tropieza con las frutas, los cestos y los botes que están á la entrada de las *Groseries* ó tiendas mestizas, y no tienen las calles, con todo su gentío, el ruido que se nota en México en las calles centrales.

En las calles de California y al rededor del Sacramento,

se atropella la multitud de personas vestidas de negro, que entran en bancos y depósitos: van, vuelven, transan, disputan y se pierden en la multitud, siempre corriendo, y siempre codeando y apartando á los que les interceptan el paso.

En algunas partes están regados ó amontonados muebles en medio de la calle, y entre jaulas, colchones, roperos y carruajes, se encarama un yankee, martillo en mano, haciendo un remate entre *ladies* y labriegos, poténtados y carteros.

En tal esquina, un prestidigitador come lana y arroja llamas; en otra muestra un charlatan, con un microscopio, los arcanos del cabello ó las curiosidades de una gota de agua; allí se ven trabajar á las abejas en un panal cubierto de cristales; adelante un mono sabio dice la buena ventura á los transeuntes, y en medio de la calle, sobre un cajon de vino, boca abajo, un demócrata furibundo pone de oro y azul á las autoridades, y grita en todos los tonos que Hayes, el presidente, es un pícaro redomado.

Pero este México cantante, esta voz de las plazas y de las calles que se armoniza con el aire y la luz; que cambia con las estaciones y hasta con las horas del dia, eso extrañaba tanto cuanto no es decible.

El tenor que pregoná las manitas; el agudo grito de *carbon siob*; los barítonos de la cecina, y el melado y el requeson; los tenores de los mosquitos; el contralto de la sebera y la vendedora de nueces, el bajo profundo de las *tinajaaas*, dan voz especial á nuestras calles, educan nuestro oído de un modo particular.

Las diligencias retumban en nuestros empedrados; los *simones*, acentuando con la llanta floja su ruido, nos avi-